

GARETH BROWN

La
SOCIEDAD
de los
OBJETOS
extraordinarios

Traducción de:

ANA ISABEL SÁNCHEZ DÍEZ



MAEVA

*A May, por el amor a los libros.
Y a los librereros de todo el mundo, por la misma razón.*

Prólogo

El atlas de las cosas perdidas (2015)

IMELDA SPARKS SE encontraba sola y agotada en los parajes de Nevada y nunca había sido tan feliz.

Se sentó en una roca al borde del sendero de montaña, dejó caer la mochila de bandolera a sus pies y sacó una botella de agua. El sol del atardecer era una intensa mancha naranja justo encima del horizonte y, poco a poco, el cielo que cubría el desierto de la Gran Cuenca iba adquiriendo el color del algodón de azúcar y los melocotones. A lo lejos, los nubarrones se alzaban desde la llanura parda como el humo de una hoguera, e Imelda pensó que aquella era una de las vistas más hermosas que había contemplado en su vida.

Miró hacia abajo, más allá de sus pies, donde la ladera caía en picado. El fondo del barranco era un estanque de sombras que ascendía lentamente hacia ella. Pronto habría demasiada oscuridad para encontrar lo que había ido a buscar, puede que incluso tanta que la caminata de una hora que debía completar para volver al coche se tornara traicionera.

—Imbécil —murmuró.

Volvió a guardar la botella de agua en la mochila y rozó con la mano la flor que Magda le había bordado en la solapa de lona hacía un montón de años. Se preguntó cómo habría pasado el día en Londres. Seguro que había ido a trabajar y luego había dedicado la tarde a escribir. Quería ser novelista y eso parecía consumir todo su tiempo y atención. A veces, a Imelda le preocupaba que su hija no dejara un solo hueco en su vida para los amigos o el amor, pero Magda siempre supo lo que quería, incluso cuando

todavía era una cría. Sonrió al recordarla a una edad mucho más temprana, patullando por la casa y fingiendo ser un dinosaurio mucho después de que la mandaran a la cama. Aquel recuerdo feliz se desvaneció cuando desvió la mirada hacia la lejanía y vio que la parte inferior del sol se aplanaba al tocar el horizonte.

—Venga, ponte manos a la obra —murmuró para sí.

Se sacó una hoja de papel del bolsillo trasero y la desdobló para estudiarla a la luz rosa y dorada. Era un mapa dibujado a mano. Las líneas de tinta negra detallaban el entorno que la rodeaba y, en el centro de la página, el garabato de una estrella indicaba la ubicación del objeto perdido, como la equis que marca el lugar del tesoro en el mapa de atrezo de una película. El boceto había cambiado desde la última vez que la mujer lo consultó, hacía quince minutos; de hecho, la imagen del papel cambiaba constantemente, porque no se trataba de un mapa normal. Era el Atlas de las cosas perdidas, una guía de artefactos mágicos extraviados.

El Atlas llevó a Imelda de viaje por casi toda Europa. Encontró la moneda de oro desgastada en un pequeño museo de Baviera; el crucifijo, en una caótica tienda de antigüedades del romano barrio del Trastévere, y el clavel azul, el objeto que recuperó hacía solo un par de días, en la solapa de un marchito cultivador de bulbos que trabajaba en los campos de tulipanes del este de Ámsterdam. Después de que se hiciera con la flor —para lo cual necesitó persuadir al anciano con sutileza y hacerle una generosa donación económica—, el Atlas le mostró a Imelda que podía encontrar otro objeto perdido en el desierto de Nevada, en Estados Unidos. Cogió un vuelo en Schiphol, al llegar al aeropuerto de Las Vegas alquiló un coche y, después, condujo durante cuatro horas hacia el desierto, en dirección norte por la autopista 93 para después girar hacia el oeste por el sendero de montaña.

Mientras escudriñaba el Atlas a la escasa luz del final del día, el cansancio le nublabla la vista. Tenía el cuello agarrotado por las horas que había pasado al volante y las punzadas que sentía en las rodillas y en la zona lumbar eran unas compañeras de viaje gruñonas que le estaban fastidiando la caminata con sus incesantes quejas.

Sacudió la cabeza para aclararse la vista y se concentró en el Atlas. El objeto perdido estaba cerca, puede que a solo unos

metros de donde estaba sentada. Si se diera prisa en encontrarlo, podría iniciar el camino de regreso al coche antes de que la luz del día se agotara por completo. Cerró los ojos y fantaseó con un par de noches de lujo en un hotel caro de Las Vegas, un gran baño de burbujas y una bandeja de comida del servicio de habitaciones.

—Sería maravilloso —musitó.

Estaba exhausta, lo sabía, y no solo por haber caminado durante una hora con unas piernas de sesenta años, sino también por los tres meses de viajes y aventuras vividas. Imelda siempre tuvo una vida fácil: era hija de padres ricos (aunque ausentes y en ocasiones problemáticos) y dedicó su vida adulta a trabajar como artista, a vivir con comodidad de su herencia mientras pintaba paisajes y retratos con un éxito moderado. Después de tener a Magda —de manera inesperada, cuando rondaba los treinta y cinco años—, volcó toda su energía en ser el tipo de madre que ella no tuvo: presente, atenta y cariñosa. Pero su hija ya era adulta e Imelda se dio cuenta de que cada vez tenía más tiempo para sí misma, un tiempo con el que no sabía qué hacer. Por eso, tres meses antes, la idea de emprender una gran aventura a solas en busca de objetos perdidos le pareció maravillosa.

Y, en efecto, fue una aventura, y muy próspera, además. Porque volvería junto a Frank con varios objetos que añadir a la colección de la Sociedad. Incluido, con suerte, el que quizá encontrara en el sendero de montaña.

—Si te pones a buscarlo de una vez —murmuró—, en lugar de quedarte aquí sentada soñando despierta.

Estudió el Atlas una vez más y este le mostró que ahora estaba sentada justo encima del objeto perdido.

—Pero eso no tiene sentido —masculló, confusa, mientras rotaba el papel por si lo estaba leyendo mal (algo que no resultaba difícil en el caso de un mapa que cambiaba constantemente). Se levantó y se dio la vuelta para pasear la mirada por la ladera y los peñascos, por el suelo desnudo que la rodeaba, todo ello bañado ahora por una luz tenue e incolora—. Estaba justo aquí.

La oscuridad inminente era una amenaza de la que Imelda intentaba hacer caso omiso, pero unas sombras espesas se agazapaban en los rincones como animales esperando para atacar en cuanto el sol desapareciera. Se estaba quedando sin tiempo.

Exhaló con frustración y, sin prestar atención al sol que se hundía, trató de encontrarle alguna lógica al Atlas. Sin embargo, el objeto perdido se había movido de nuevo y ahora aparecía algo más atrás y a la derecha. ¿Sería porque se encontraba en un arroyo? ¿O flotando en el aire en una corriente térmica? ¿Cómo era posible que se moviera? Suspiró, exasperada, y le dio una patada a una piedrecita, que salió volando hacia el espacio antes de caer y bajar dando botes por la ladera hasta el barranco.

—¡No tengo tiempo para esto! —exclamó levantando la cabeza hacia el cielo.

Volvió a mirar hacia la ladera, la examinó de arriba abajo en busca de respuestas o de inspiración, pero solo vio más piedras, matorrales y peñascos. Y...

«¡Hay alguien observándote!».

Imelda ahogó un grito de sorpresa y, con el corazón interpretándole un redoble de tambor improvisado, se llevó una mano al pecho. Había un desconocido en la ladera, un hombre, más arriba, a solo tres o cuatro zancadas del sendero. Y la estaba mirando.

«¿De qué narices va esto?».

El extraño estaba perfectamente inmóvil, acucillado con los brazos alrededor de las rodillas, pero de cara a Imelda. Y supo al instante —sin el menor resquicio de duda— que la estaba vigilando.

Que, de hecho, llevaba vigilándola desde el momento en el que se encaramó a la roca.

Se le erizó el cuero cabelludo y la cabeza se le llenó de advertencias y preocupaciones.

«¿Por qué no me ha avisado de que estaba ahí? ¿Quién hace algo así?».

Cuando se hizo evidente que Imelda lo había visto, el hombre se puso en pie con un único movimiento rápido. Llevaba unos viejos vaqueros azules y un abrigo marrón encerado encima de una camisa de franela a cuadros y una camiseta; una gorra de béisbol de un azul descolorido le cubría la cabeza. Se quedó paralizado un momento, con la brisa agitándole el cuello de la camisa y los brazos un poco separados del cuerpo, como si estuviera decidiendo qué hacer.

Mientras lo miraba, la mujer se sintió incómoda de una forma que no fue capaz de identificar. No se trataba solo de la inquietud que le provocaba que aquel hombre la estuviera observando; era otra cosa, algo que no lograba precisar, algo relacionado con lo que sentía en los ojos y en el cerebro cuando lo miraba. Lo único con lo que se le ocurrió compararlo fue con la sensación de mareo que se produce en un barco, pero aquello no tenía ningún sentido.

—No estaba haciendo nada —dijo de repente el hombre, y su voz sonó como un gañido—. No te estaba espiando.

«Eso es mentira. Sí me estabas espiando. Lo primero que me has dicho es una mentira».

—No pasa nada —contestó Imelda procurando mantener un tono de voz neutro.

Después, desvió la mirada hacia el suelo y su mente evocó el recuerdo de un encuentro ocurrido hacía muchos años, cuando era mucho más joven y estaba sola en una estación de metro de Londres tras una larga noche en la ciudad. Aquel día había un vagabundo en el andén y, al principio, se mostró encantador, un borracho feliz que compartía bromas con ella. Pero, luego, en un momento espantoso, cambió. Imelda aún veía el instante en el que su sonrisa se convirtió en una mueca agresiva, el instante en el que, sin motivo alguno, sin que ella hiciera nada, la atacó de manera inesperada para quitarle el dinero que dio por hecho que llevaba. La engatusó para que bajara la guardia y luego la golpeó, y no paró hasta que la ráfaga de aire y el chirrido de los frenos señalaron la llegada del metro. La mujer nunca olvidó lo vulnerable y débil que se sintió aquella noche, tendida en el andén entre lágrimas mientras su agresor huía. Ahora, en el sendero, con aquel extraño que la estaba observando y que le provocaba mareos, aquella misma vulnerabilidad horrible hacía que se le helaran los huesos.

«Estás sola, a una hora del coche y es casi de noche. Y este hombre tiene algo raro. En menudo lío te has metido, Imelda».

El desconocido volvió a hablar:

—Yo estaba aquí antes que tú.

Ella asintió con la intención de mostrarse agradable y tranquila a pesar de la adrenalina que le corría por las venas.

—Sí —le dijo—. Lo sé. Perdón.

El hombre dio tres pasos desgarrados y atropellados ladere abajo y se detuvo a escasa distancia de ella. Imelda reaccionó retrocediendo e intentó calibrar las intenciones del extraño, aunque el cuerpo entero le imploraba que se diera la vuelta y echara a correr.

«Darte la vuelta y renquear, si acaso. En tu estado, no vas a llegar corriendo a ninguna parte. Es imposible que seas más rápida que él, ¿no?».

Bajo la gorra, el rostro del hombre era alargado y fino, bronceado y curtido por los elementos, como si pasara mucho tiempo al aire libre. No dejaba de mover los ojos oscuros, no los posaba en ningún sitio y evitaba cruzarse con la mirada de Imelda. A esta le pareció que era más joven que ella, que quizá acabara de entrar en la cuarentena, pero era difícil saberlo con certeza. No obstante, el pelo que le asomaba bajo la gorra era castaño, sin rastro de canas, y una barba incipiente le oscurecía las mejillas. En apariencia, el hombre no tenía nada raro; al contrario, sus rasgos podrían haberse considerado objetivamente atractivos.

Y, aun así...

A Imelda se le erizó el vello de la nuca al pensar en que había estado observándola sin que ella lo supiera. ¿Qué le habría hecho si no lo hubiera visto? ¿Y qué hacía solo en mitad del desierto al anochecer?

—No te estaba espiando —repitió y clavó los ojos en los de Imelda un segundo antes de apartarlos a toda prisa.

«Tiene una mirada esquiva. Eso es lo que es. Esquiva».

—Te creo —mintió la mujer.

El desconocido bajó la vista hacia la mochila de Imelda, que seguía posada en el suelo como un balón medio desinflado. Después, le recorrió el cuerpo con la mirada, despacio, sin emoción, como un modisto que evalúa un traje en una modelo. Ella se estremeció mientras su mente se resistía con todas sus fuerzas a la abrumadora sensación e intentaba comprender qué era lo que estaba alterando su sensibilidad de aquella manera.

«¡Tiene el objeto perdido!».

La respuesta surgió de la nada y todo tuvo sentido al instante. El Atlas la había guiado hasta un objeto extraviado que

andaba por allí cerca y el hombre estaba allí desde el principio. Debía de tenerlo él, quizá en un bolsillo. Tenía que ser el objeto perdido lo que le provocaba aquel malestar.

Pero la respuesta llevaba a otras preguntas, a otros asuntos de los que preocuparse.

«¿Qué tiene en su poder? ¿Qué va a hacer con él? ¿Qué va a hacerte a ti, Imelda?».

La mujer dio otro paso atrás, recelosa del objeto perdido y desconocido que poseía aquel extraño. Tomaría la mochila, se disculparía y se pondría en camino. Sin embargo, el hombre amusgó los ojos cuando Imelda se movió, y ese simple cambio en su expresión, como si una nube pasara sobre el sol, multiplicó la incomodidad que sentía. Se parecía demasiado al cambio que vio en el rostro del vagabundo del metro hacía años; se parecía demasiado al momento anterior al ataque.

«¡Va a pasar otra vez!».

El pánico reventó las ataduras con las que intentaba contenerlo y todos sus pensamientos racionales se hicieron añicos. El cuerpo de Imelda tomó las decisiones por ella y retrocedió dos pasos acelerados hacia la mochila. En la segunda zancada, donde debería haber encontrado tierra firme, uno de sus pies no pisó más que espacio vacío.

«¡Mierda!».

Se dio cuenta de su error enseguida y soltó un grito. De pronto, perdió el equilibrio, estaba inclinada hacia atrás y no había nada que la estabilizara. Giró los brazos automáticamente en busca de algo a lo que agarrarse, y el Atlas de las cosas perdidas se le escapó de la mano y aleteó en la brisa como un polluelo intentando volar. La sorpresa hizo que el hombre abriera los ojos y la boca. Se precipitó hacia delante justo cuando Imelda sintió que se escoraba más allá del punto de no retorno y tendió los dedos gruesos y sucios hacia ella, como si intentara sujetarla. La mujer se dio cuenta de que le repugnaba la idea de que la tocara, aunque fuese para evitar que se cayera. Cuando los dedos establecieron contacto con ella, le rozaron la ropa y se engancharon al crucifijo que colgaba de una cadena, al crucifijo que había encontrado hacía unas semanas en Roma. Imelda sintió que la cadena se le clavaba en la nuca al soportar su peso y el alivio y

la incredulidad la inundaron al mismo tiempo. Entonces, la cadena se partió con un sonoro crac y ella quedó suspendida en el aire, cayó dando tumbos hasta perder de vista la luz y se adentró en las sombras del barranco atestado de rocas.

La asaltó un recuerdo: la imagen de la última vez que voló, hacía muchos años, con Magda sonriendo en el aire a su lado. Entonces, Imelda se desnucó contra un peñasco situado seis metros más abajo y murió en el acto.

Así permanecería durante casi dos años.